

JAIME BENÍTEZ Y EL COLEGIO DE MAYAGÜEZ: DOS CENTENARIOS ENLAZADOS ANTES, AHORA, Y SIEMPRE

Margarita Benítez
Lección Magistral
Recinto Universitario de Mayagüez
Universidad de Puerto Rico
25 de septiembre de 2008

Autoridades universitarias y colegiales; representantes del poder público; colegas del claustro y del servicio a la Universidad; veteranas y nuevas generaciones de estudiantes; amigos del Colegio y de Jaime Benítez:

Permítanme hacer más palabras de mi padre para manifestar mi emoción al hallarme entre ustedes: “Llego a la tan querida Universidad tirado por el invisible hilo de acero del recuerdo.” Decía Ortega y Gasset al celebrar el cuarto centenario de la Universidad de Granada: “recordar. La palabra es maravillosa; recordar, es decir, volver a pasar por el corazón lo que ya una vez pasó por él.”¹ Y continúa diciendo: . . . [Pero] nótese que el recuerdo no es pasivo. . . es un hacer; no es que el pasado venga por su pie hasta nosotros, sino que nosotros vamos al pasado, volvemos a él . . . Vemos nuestro pasado como el conjunto de medios, de capacidades, de experiencias que nos permitirán afirmarnos en el porvenir, es decir, continuar

¹ José Ortega y Gasset, “En el centenario de una universidad”, *Ideas y creencias*, Espasa-Calpe, 1940, p. 109.

sosteniéndonos en él, siendo en él. . . .El recordar se hace en vista del porvenir . . . para dar un brinco enérgico sobre el futuro.”² Es esa mi intención en la lección de hoy.

Son muchas las moradas que tiene para mí la Universidad de Puerto Rico. Mi infancia, mi niñez y adolescencia transcurrieron en el Recinto de Río Piedras. Nací casi a la par con aquel gran proyecto de vida y esperanza para nuestro país que es parte del legado de mi padre a Puerto Rico: nuestra primera Escuela de Medicina. Fui testigo cercano de la gestación y de la fundación de casi todos los Colegios Regionales. En dos de ellos, Cayey y Humacao, he intentado servir a la Universidad en diversas tareas académicas y administrativas. Mi tiempo en Cayey se cuenta por décadas, y en Humacao, por meses. Aun así, es análoga la intensidad de afectos y lealtades que representan para mí ambos recintos, puesto que se sustentan en los mismos profundos compromisos.

A través de mi trayectoria universitaria, he tenido ocasión de trabar amistad con mucha gente buena de Mayagüez, algunos de los cuales me hacen el honor de acompañarnos hoy. Recuerdo con aprecio a mi admirado Dr. José Luis Martínez Picó; a mis buenos amigos Alejandro

² José Ortega y Gasset, “En el centenario de una universidad”, Ideas y creencias, Espasa-Calpe, 1940, pp. 109-111.

Ruiz, Ana Mercedes Rodríguez Ward, Laura Cotte, Zulma Toro; y a mis más recientes colaboradores en los quehaceres universitarios, Antonio González Quevedo, Fernando Bird Picó, José Luis Cruz Rivera, Gladys González, y tantos otros buenos colegas.

Mi tiempo en Mayagüez no se cuenta por meses ni por años. Sumará todo junto no más de tres semanas. Aun así, no exagero, ni pretendo halagar, sino honrar la verdad, al decir que temprano aprendí de mi padre a apreciar la reciedumbre, la autenticidad, y la lealtad a los valores universitarios de esta comunidad, así como a querer y admirar las estupendas personalidades cuyas vidas se funden con la gloriosa historia colegial, ya cercana a un primer centenario.

Me voy a dar el gusto de iniciar mis palabras de hoy evocando a esas gentes, no solamente porque venir aquí es sentirlas presentes, sino para seguir la admonición de Ortega de mirar al pasado en busca de las claves de nuestro porvenir. En la vinculación de los dos centenarios que celebramos hoy, en las vidas fecundas de aquellos que labraron esta institución para todos ustedes, para nuestro país, busco también las claves que revelen la ruta e identidad particular de este Recinto de Mayagüez.

Démosle, pues, luz verde a la nostalgia. Volvamos a pasar por el corazón lo que ya una vez pasó por él. Aludo a los mejores recuerdos de mi vida en la Universidad de Puerto Rico. Cuando niña, venía con mi padre a Mayagüez en aquellos horrendos avioncitos de la Caribair que recordarán algunos de ustedes. Emilio Enríquez, el legendario chofer de don Luis, nos recogía en el Aeropuerto El Maní, hoy Eugenio María de Hostos, y nos llevaba a una de las casas más hospitalarias de nuestro hospitalario Puerto Rico: la del Vicerrector don Luis Stéfani y su esposa doña Mercedes, ángeles tutelares del Colegio. Como nuestra casa de Río Piedras, aquella casa nunca se vaciaba. Rebosaba de gente interesante, casi todos científicos enamorados de sus disciplinas, con hijos un poquito mayores que yo, perfectos para amarlos en silencio a lo adivino. [Hoy confieso por primera vez mis amores secretos, nunca manifestados, nunca correspondidos por aquellos guapos muchachos, hijos de las grandes lumbreras del Colegio.] Joe Ramos era biólogo, y su casa quedaba a pasos de don Luis. El y Dora eran padres de Stuart, de Melvin y de mi amiga Vivian. Virgilio Biaggi era ornitólogo. Thelma y él eran los padres de Thelmita, que era prima de Vivian. Johnny Rivero era para mí el dueño de Magueyes y Mata de la Gata. El y su esposa Eneida tenían una espléndida casa que albergaba hermosos mini habitats, poblados por coqués, lagartijos e iguanas que eran el eje de la decoración. Su hijo

se apodaba Pozoso, y había siempre una lancha para ir a las islitas donde Johnny reinaba sobre los animales—o al menos así me parecía.

Cuando descubrí apenas el año pasado uno de los muchos tesoros secretos que guarda este recinto—la existencia desde 1915 de su Museo de Entomología--y escuché a Rosa Emilia Franqui hablar de los insectos con devoción de mística, me dije: Aquí perdura lo que yo conocí en Mayagüez, “la energía creadora que ampara y nutre las múltiples tareas de la inteligencia” que mi padre llamaba el espíritu viviente de la Universidad .³ O en palabras de Antonio Machado, “¡Vive, esperanza! / No todo se lo ha tragado la tierra.”

Regreso a mis recuerdos. Me acuerdo de la gente de los programas de ciencias marinas y de las estaciones experimentales. Hombres y mujeres sonrientes, tostados por el sol, con algún instrumento colgado en la cintura, y sus tesoros en el baúl de la camioneta: ostiones, chillo fresco, las dulcísimas piñas de Lajas, los succulentos mangós de Fortuna, quenepas que venían de Cabo Rojo, las jaleas de guayaba y acerola que no se conseguían en ninguna otra parte. Por las noches, las partidas de dómينو en la Cueva del Corso, en casa de don Luis con Elmer Olivieri y Pedro Javier Boscio, el hombre más

³ JB. 1981

simpático de Puerto Rico. Ibamos los domingos a la playa de Córcega, uno de los parajes más bellos de esta isla. Allí entre mar y cielo, los mayores seguían el tema inagotable de la universidad y los niños corríamos marullos. Siempre había gente joven deseosa de ayudar, y de participar en las conversaciones de sus mayores. Entusiasmado siempre con la inteligencia, JB reclutaba entre la gente joven de Mayagüez para puestos de responsabilidad universitaria. Salvador Alemañy, Quique García Bottari, las imprescindibles Isabelita Ortiz Espéndez y Gloria Viscasillas, y más tarde el príncipe entre ellos, José Enrique Arrarás. Todos sobrellevaban cordialmente a la nena de don Jaime, una porra con trenzas, como era yo entonces. Para mí este Colegio era el País de las Maravillas, poblado por “gente espontánea, generosa, fuerte, alegre”, como los describía JB con afecto.⁴

Entre todos aquellos personajes, se dejaba sentir, más que oír, una presencia magnánima y serena: la de don Luis Stéfani. “Como don Luis Stéfani” ,dijo Jaime Benítez en su última visita a este Colegio, “no he conocido persona alguna, con la excepción de Luis Muñoz Marín, con tanta capacidad de liderato o mayor aptitud para entenderse con grupos disímiles o para encarar y decidir situaciones inesperadas. En el caso de Muñoz su medio de comunicación fue la palabra, y en el

⁴ Jaime Benítez, “La formación universitaria y el porvenir de Puerto Rico,” 1957, Junto a la Torre, 1963.

caso del Vicerrector Stéfani, sus silencios, que tenían poder comunicativo—el silencio elocuente, acompañado de la acción correcta.”⁵ Para sintetizar esta capacidad de don Luis de transmitir autoridad, entendimiento y sabiduría no con palabras, sino con su ejemplar conducta, a mi padre le gustaba citar a no sé qué poeta español: “Toledano es el acero que os encargo/ corto en palabras, pero en obras largo.” Cuando murió don Luis, mi padre se unió a la congoja de esta comunidad universitaria con el testimonio de su afecto entrañable: “Nunca me he sentido más vinculado a persona alguna en el esfuerzo común de servir el espíritu viviente de la Universidad que a este hermano mayor”.⁶

Aquel profundo y perdurable afecto entre estas dos personas, y a través de las décadas, entre Jaime Benítez y la comunidad universitaria de Mayagüez, se basa en actitudes vitales compartidas. Bien dice Cicerón en Los deberes—lectura obligada de los cursos básicos instituidos por Jaime Benítez—que la mayor y mejor amistad es la de las gentes de bien a quienes vinculan los mismos valores y proyectos. En este caso, el vínculo proviene de la lealtad insobornable a los mismos principios. Primero entre ellos, la misión de la Universidad de Puerto Rico como casa de estudios, vehículo esencial

⁵ JB, Conferencia Magistral 1986, Mayagüez.

⁶ Gloria Viscasillas, “Sin el permiso de don Jaime”, Don Jaime Benítez: Entre la Universidad y la política, Héctor Luis Acevedo, ed., Universidad Interamericana, 2008, p. 272.

de la democracia, e instrumento de creación de futuro. La autonomía universitaria se plantea como condición necesaria para llevar a cabo esta misión. Para él y para ustedes, la autonomía universitaria adquiere significación emblemática, y se convierte en estandarte de muchas batallas.

En una reflexión sobre las tradiciones medievales de la Universidad, JB define: "El fuero universitario . . . [como] la existencia de un ámbito especial de derecho libre de la presión municipal y exento del tributo localista".⁷ Este ámbito de libertad, repito, es necesario para llevar a cabo la misión de la Universidad. A través de su historia, Mayagüez ha entendido y asumido la autonomía como requisito indispensable para su gigantesca aportación a las tareas de la Universidad. Ha brindado o negado su apoyo a autoridades e iniciativas según percibe que se le reconoce o no ese ámbito esencial de libertad de juicio y de acción. Su actitud me recuerda el juramento medieval con que los señores de Castilla y León definían los términos de su relación con sus reyes: "Nosotros, cada uno de los cuales vale tanto como vos, y todos juntos valemos mas que vos, os reconocemos como nuestro rey para que respetéis y cuidéis nuestros fueros. Et si non, non."

⁷ JB, "La vida universitaria y sus símbolos," 1950, Junto a la Torre, 1963.

El logro principal de aquella relación privilegiada entre JB y esta comunidad, fue alcanzar lo que JB llamaba el “común denominador de entendimiento y solidaridad acerca de la razón y el sentido de la Universidad”.⁸ Según Jaime Benítez: “Profesores y estudiantes hemos de concebir la Universidad como el lugar del libro abierto, del laboratorio, la ecuación, la historia, de la hazaña del hombre, la problemática de su existencia, su capacidad creadora y su fuerza de destrucción. Tales afanes han de estar regidos por una espontánea disciplina de emprender la búsqueda de la verdad en actitud de respeto a la duda y de respeto al pensamiento discrepante.”⁹

El respeto es concepto esencial para la relación que intento reseñar. Es esencial también el respeto, más allá de la ya histórica figura de Benítez, como pauta de relación de las autoridades, cualesquiera que sean, y sus comunidades. Nace el respeto del reconocimiento del calibre intelectual y personal del otro, de la exigencia de su estándar ético, y de la seriedad de sus compromisos. Para respetar a alguien, no es necesario estar siempre de acuerdo, ni mantener constante comunicación. Lo que hace falta es haber tomado su medida, reconocer sus méritos, y confiar en su rectitud. Como suele pasar, los poetas nos lo explican mejor. Las palabras de Gabriela Mistral sobre

⁸ JB, “La vida universitaria y sus símbolos,” 1950, Junto a la Torre, 1963.

⁹ JB, “La vida universitaria y sus símbolos,” 1950, Junto a la Torre, 1963.

Jaime Benítez son aplicables a la relación entre él y la brava gente de Mayagüez. Dice Gabriela: “sé que sin hablarnos, sin comunicarnos, ambos seguimos sentados sobre la piedra andina de ciertos principios, que las mismas sustancias que nos alimentaban continúan corriendo por nuestra sangre . . . sin que nos hayan separado las veleidades de las tornadizas ‘corrientes de opinión’. Continuamos exentos del miedo cuyo temblor dicta a los individuos y a los grupos los ‘síses’ fatales, y que irrumpe sobre la cátedra o la morada que nuestra convicción nos puso a guardar.”¹⁰ Ni el Colegio ni el padre que conozco y recuerdo fueron nunca cobardes. Si pecaron de algo, fue mas bien de audaces y arrojados. Pero uno y otro tuvieron el buen juicio de prestar atención al argumento del adversario aun cuando se encontraban en batalla; de reconocer siempre la posibilidad de haberse equivocado, y de estar dispuestos a rectificar sus errores.

Cuando consideramos las circunstancias que producen aquella relación y aquel respeto, difícilmente podían haber sido más adversas. El 18 de septiembre de 1942, tres días después del inicio formal de JB como Rector de la Universidad de Puerto Rico, se desata una huelga estudiantil en Mayagüez. Es una huelga que va a durar tres meses—la más larga, creo yo, en la historia de la Universidad de Puerto Rico. En

¹⁰ Gabriela Mistral, “Palabras de Gabriela Mistral para la Universidad de Puerto Rico”, 1948, Junto a la Torre, 1963.

su centro latían nuestros temas y conflictos de siempre: autonomía, participación, autoridad y responsabilidad. En pocas palabras, el Rector había hecho un nombramiento con el que buena parte de la comunidad no había estado de acuerdo. Había otro candidato que gozaba de apoyo, no solamente entre los estudiantes, sino entre los políticos de la región. Es una situación que luego hemos vivido muchas veces. No he podido estudiar todos los pormenores de aquel particular suceso; estas necesarias investigaciones históricas son parte de la agenda del futuro.¹¹ Yo sólo cuento con un discurso de JB cuando se fue a la radio en Mayagüez el 18 de octubre de 1942, y convocó a volver a las aulas a los estudiantes del Colegio que ya llevaban un mes en huelga. En aquella ocasión, JB apeló casi individualmente a cada uno de los estudiantes, a su sentido de responsabilidad con Puerto Rico.

“A los estudiantes, a las magníficas juventudes de Mayagüez, a Betancourt, a Esteves, a Pla, a Blanco . . . a esos estudiantes de Mayagüez cuyos nombres traigo conmigo y a aquellos . . . jugadores de “basketball” a quienes di mi primer saludo el día de mi llegada al Colegio, aquellos tres con capacetes que bajaban las escaleras del edificio de Administración, los otros con quienes departí en las cuatro

¹¹ Concluido este discurso, el Dr. Fred Soltero Harrington, ex-Rector del Recinto de Mayagüez, me indicó que la duración de la huelga fue de nueve meses, y no de tres. Queda por aclarar esta cuestión, pues hay testimonios discrepantes.

esquinas de Mayagüez, aquellos que fueron a oírme a la radio, aquellos que me visitaron en mi casa, aquellos jóvenes que me ofrecieron un almuerzo en la casa de su fraternidad, a todos ustedes jóvenes que vi y a todos ustedes que no pude ver; a todos les hablo y a todos les repito: Juventudes universitarias, jóvenes de Puerto Rico: Tenemos por delante una gran obra, Puerto Rico necesita que su Universidad le sirva, la Isla está bloqueada, el tiempo apremia. . . . Vénganse a trabajar. Aquí estarán sus maestros. Ninguno se ha negado a colaborar. Ganaremos el tiempo perdido. Haremos la obra de renovación. Ustedes tienen la palabra, estudiantes universitarios de Mayagüez, estudiantes universitarios de Puerto Rico, estudiantes universitarios de la democracia.”¹²

Y así sucedió dos meses después. Porque el otro valor común a uno y a otros, el que les permitió unir mentes y esfuerzos y dejar atrás sus diferencias, era el sentido de responsabilidad y urgencia por levantar a Puerto Rico y los puertorriqueños de sus inaceptables condiciones de vida en la primera mitad del siglo XX a través de la ciencia y de la industria.

¹² JB, “La Huelga en el Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas”, 1942, Junto a la Torre, 1963.

Cuando formuló su visión de la Universidad en su discurso de instalación como Rector de la Universidad de Puerto Rico en 1943, Jaime Benítez dijo: “La Universidad es responsable en su Colegio de Agricultura, de hacer técnicos agrícolas de primer orden, escudriñadores de las potencialidades de las tierras fértiles y de las tierras baldías; sabedores de que la tierra debe producir para el que la pisa; conscientes de que allí donde no hay fronteras firmes que ganar es necesario abrir nuevas cuencas y establecer mediante el talento nuevas dimensiones de fecundidad. La técnica al servicio de los hombres que se doblen sobre la tierra, la técnica amparando el derecho del semejante ha de traducirse en nuevas formas de trabajo, nuevas formas de distribución de trabajo y de distribución de rendimiento. Esta universidad que el pueblo paga ha de producir los servidores públicos que el pueblo necesita.”¹³

Y diez años más tarde, con el orgullo del deber cumplido y el continuado compromiso de servicio al país:

“Una mirada al cuadro de los graduados del Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas, coincidente con una mirada a las posiciones de responsabilidad en Puerto Rico en los campos de la industria y de la

¹³ JB, “La reforma universitaria”, 1943, Junto a la Torre, 1963.

agricultura, revela como, sin el entrenamiento previo en esta casa, sería inconcebible el progreso puertorriqueño actual.”¹⁴ Estas palabras, dichas por mi padre en 1953, no han perdido vigencia de entonces hasta ahora, sino mas bien ampliado su ámbito y su alcance en nuevas disciplinas, y en logros más allá de nuestras fronteras. A Jaime Benítez no le hubiera extrañado—complacido sí, pero no sorprendido—encontrar exalumnos del Colegio en las más audaces exploraciones actuales de los misterios de la Naturaleza y de los límites del conocimiento recibido. La informática, la biotecnología, nanotecnología, y un largo etcétera; las ciencias del espacio, del átomo, y del fondo del mar. Algunas de ellas ya estaban previstas en ese discurso de 1953, y otras son producto de los esfuerzos de muchos de ustedes por resolver “problemas relativos a la calidad y consistencia de los materiales, a la posibilidad de aprovechamiento de productos secundarios, a la conveniencia de emplear o no materias primas disponibles en Puerto Rico, a la adaptabilidad de nuevos descubrimientos técnicos.”¹⁵

Desde su cabal formación humanística, Benítez sentía un enorme interés por la ciencia como manifestación del espíritu humano en

¹⁴ Jaime Benítez, “Cincuentenario de la Universidad de Puerto Rico: Mayagüez”, 1953, Junto a la Torre, 1963.

¹⁵ Jaime Benítez, “Cincuentenario de la Universidad de Puerto Rico: Mayagüez”, 1953, Junto a la Torre, 1963.

búsqueda continua y rigurosa de claves, recurrencias, y patrones desde los cuales construir las teorías que hacen inteligible el universo. Bien conocía el imbricado helénico de la física, la matemática y la filosofía, y la potencia del pensamiento que trasciende los límites de la percepción sensorial. Como servidor público que era, y miembro de una generación que acometió la empresa de levantar a un país de la miseria, le urgía capacitar al estudiantado universitario en ciencias aplicadas para que se sumaran a la creación de una nueva economía que hiciera posible la justicia social a la par de la modernización de Puerto Rico. En un discurso titulado “La formación universitaria y el porvenir de Puerto Rico” que pronunció aquí en Mayagüez hace cincuenta años, Benítez hizo clara la necesidad e importancia de ambas maneras de hacer ciencia, y la centralidad de esta institución y su quehacer para el progreso y bienestar de todos. “La investigación científica [dijo entonces] es preciso desarrollarla en los dos niveles, tanto en el de la ciencia pura—y en esa estaremos avanzando las fronteras del conocimiento nuclear—como en el nivel de la ciencia aplicada y la tecnología, que en agricultura resulta tan urgente a nuestro país.”¹⁶ Cincuenta años más tarde, nos rodea la evidencia del éxito de ustedes en ambos hemisferios de la investigación científica,

¹⁶ JB, “La formación universitaria y el porvenir de Puerto Rico,” 1957, Junto a la Torre, 1963.

además de sus logros y programas en las ciencias sociales y en las humanidades.

Según Jaime Benítez, “el factor de mayor importancia en el desarrollo de la universidad pública ocurre en 1862.”¹⁷ Se refiere, bien lo saben ustedes, al programa de los “land grant colleges” cuya legislación original lleva la firma del Presidente Abraham Lincoln. A cambio de los terrenos y recursos otorgados por el gobierno federal, el compromiso operacional de estas instituciones es ofrecer programas de agricultura y artes mecánicas, además de “estaciones experimentales agrícolas y servicios de educación a la ruralía conocidos con el nombre de servicios de extensión agrícola”—con apoyo y pareo del gobierno estatal.¹⁸ Si enorme ha sido la contribución de los “land grant colleges” a la agricultura, a la nutrición, a la salud pública, a la industria y al desarrollo económico de sus respectivos entornos, aún más fundamental es su misión primaria: contribuir al ideal de vida democrática a través del acceso a la educación superior a grupos históricamente marginados. Según establece la legislación que las crea, el Morrill Act, los “land grant colleges” habrán de ser universidades para servir al pueblo, para crear donde no las había oportunidades de estudio y progreso individual y colectivo, y para

¹⁷ JB, “Prólogo”, Junto a la Torre, 1963.

¹⁸ JB, “Prólogo”, Junto a la Torre, 1963.

incorporar al quehacer productivo de la investigación y la ciencia aplicada a los desventajados por condición social, económica, o racial. No olvidemos que esta legislación se aprueba en el contexto histórico de la Guerra Civil que desgarró los Estados Unidos en el siglo XIX, y cuyas consecuencias se sienten todavía. Diez y seis de las universidades "land grant" se establecen para la educación de la población negra en Estados Unidos, totalmente excluida hasta entonces de oportunidad alguna de estudio. Este número aumenta con el tiempo, y se suman en 1994, 33 instituciones postsecundarias de los llamados "Tribal Colleges", a través de las cuales las naciones indígenas luchan por preservar y fortalecer sus culturas, marginadas por tanto tiempo, pero todavía vivas y profundas.

Leía hace poco un escrito sobre los "land grant colleges" de la autoría de Michael Martin, presidente de la Universidad estatal de Nuevo México, donde otra distinguida colegial, Waded Cruzado, se desempeña como vicepresidenta académica. Allí encontré una cita de Thomas Jefferson que a mi padre le hubiera encantado: "Let us in education dream of an aristocracy of achievement rising out of a democracy of opportunity." ["Vamos a soñar para la educación en una aristocracia de logros académicos que emane de una democracia de oportunidades."] Creo que eso es lo que él y ustedes han intentado

hacer en Puerto Rico. Por eso celebro que esta Universidad participe con otros 19 sistemas universitarios estatales, cuya matrícula total excede los dos millones de estudiantes, en el "Access to Success Initiative". Esta iniciativa pretende partir por la mitad las brechas en el éxito y aprovechamiento que actualmente separan a los estudiantes de escasos recursos de los otros miembros del cuerpo estudiantil a la hora del ingreso a la universidad, y de su graduación. Nuestra universidad se ha comprometido a prestar especial atención a las cifras de acceso y aprovechamiento en carreras científicas, de manera que ustedes van a ser los primeros en acometer tan importante empresa. Su Rector me ha contado tanto de los inicios como de los avances de este gran proyecto en este gran recinto.

Yo voy a agradecer toda mi vida su solidaridad con mi padre, que dotó a este país y a esta Universidad de su más valiosa obra de arte, el "Prometeo" de Rufino Tamayo, y que llevó a este claustro en 1971, a tomar la iniciativa de retirarle la confianza al Consejo de Educación Superior cuando éste destituyó a Jaime Benítez. Como él era exigente con su gente querida—bien me consta—termino con aquella admonición suya a los estudiantes de Mayagüez en 1942, que bien puede ser el punto de partida para este gran proyecto de la primera década del siglo XXI.

“La Universidad de Puerto Rico fracasará como universidad del pueblo si sus estudiantes vienen a las aulas o si sus graduados salen de ellas bajo la impresión de que nada deben al pueblo de Puerto Rico; fracasará en su propósito la Universidad si sus graduados resultan ser tan sólo profesionales y técnicos atentos primordialmente a sus personales conveniencias o a la conveniencia de un pequeño grupo. La Universidad de Puerto Rico se justifica en la medida en que adiestra a las juventudes de Puerto Rico en el sentido de la responsabilidad social, en el concepto de la obligación para con el país, en el espíritu de la generosidad y el desprendimiento característico del hombre profundamente cristiano.”¹⁹

Hoy como ayer, al conmemorar estos dos centenarios que nos unen, mantengamos presente esta gran encomienda.

Muchas gracias.

¹⁹ JB, “La Huelga en el Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas”, 1942, Junto a la Torre, 1963.